

galope, sin ruta conocida, sin orientación cierta, al acaso, buscando en la noche una estrella como la que guiara á los reyes en el desierto, y no parece ni brilla ahora en los horizontes. Todo el mundo vela, todo el mundo, menos aquellos que no debían dormir. Los húsares han servido para despertar las sospechas del pueblo contra los Reyes, y no han servido para defender á los Reyes contra el pueblo.

El hijo primogénito del marqués de Bouillé, joven muy leal, pero muy inexperto, encargado en Varennes de la familia real, como ésta se retardara diez horas, acuéstase con la confianza en su fortuna y el descuido de la fortuna de los demás característicos á la juventud, y deja que los palafreneros recorran la población en todos sentidos, despierten á los que debían dormir, avisen á los que debían estar sin cuidado alguno y consuman la ruina de la familia real, y aceleren la última hora de la monarquía francesa. En Varennes, en el sitio donde más necesitan caballos de refresco, se encuentran los fugitivos á altas horas de la noche y sin señal ninguna de que haya por allí los tiros necesarios á la continuación de su malhadado viaje. Nada en socorro suyo aparece por ninguna parte. El joven Bouillé duerme; el viejo Bouillé está muy apartado de aquel sitio; los tiros de refresco se encuentran al extremo opuesto de la población; los húsares ó roncan ó trincan: y la berlina, aunque tirada por doce caballos, nada, ni una vuelta á sus ruedas inmóviles, y se detiene inerte allí, cuando más indispensable su movimiento era y en su movimiento la celeridad vertiginosa. Pero los resultados mayores dependen, como siempre, de los accidentes más pequeños. El tiro de refresco que debía encontrarse aquende Varennes, se encontraba allende. El correo, que llevaba delante la real berlina, pudo enterarse de todo esto con sólo haberse adelantado media hora. Amigo de partir con los Reyes y dirigirles alguna palabra lisonjera ó agradable, detúvose en su carrera; y al detenerse, precipitó la catástrofe. Cuando el Rey llegara, su perseguidor Drouet no había llegado todavía. La necesidad de emboscarse en la selva, de burlar al dragón su perseguidor; le descaminara hasta el punto de detener su carrera. Si el correo arriba á tiempo y se entera del sitio donde estaban los caballos, al otro lado del pueblo, y lo tiene todo aperebido y arreglado para aquella hora crítica y solemne, indudablemente la monarquía se salva, y la asechanza del patriota se frustra. Pero hacía treinta y cinco minutos, contados en el reloj del Rey, treinta y cinco minutos mortales que Drouet galopaba y la berlina no se movía. Cread grandes instituciones, unid en ellas la gloria con el genio, enaltecedlas con la virtud del tiempo, y veréis cómo luego de haber gastado en hacerlas y sustentarlas diez y ocho siglos, las pierden y las derriban treinta y cinco minutos. Mientras el correo iba de aquí para allá buscando los tiros, un galope como de un caballo desbocado resuena en el camino, y grito como de amenaza se escapa á una garganta como enronquecida. «Delantero, delantero, gritan, detente en nombre de la nación, pues tú llevas al Rey.» Pero el Rey, con la real familia, viendo que no venía el renuevo de caballos, se baja de la berlina y se da á errar

por las calles y á llamar por las puertas en busca del sitio deseado. Y mientras tanto Drouet, que ha corrido sin cansarse, que ha intimado la orden al postillón sin detenerse, que ha puesto la previsión de un estadista consumado en toda aquella arriesgadísima empresa, ve una luz en lo alto, y dejando los caballos en próxima posada, después de haber advertido al posadero de todo cuanto acontece, dirígese allá donde la luz brilla. Es una taberna, y hay en ella gente exaltada por los vapores de la conversación, mezclados con los vapores del vino. Encárase Drouet con el tabernero y con sus parroquianos, les cuenta el terrible caso y les incita á un hecho del cual dependió todo, á obstruir el puente que une las dos mitades de la villa separadas por el río. Dificultado así el camino ¡ah! no puede pasar la real familia, y necesariamente ha de caer en manos de sus perseguidores. Estos hacinan con celeridad, bien diversa de la usada por la regia berlina, todos cuantos materiales hallan al paso; carretas, bancos, barriles; y la monarquía, que ha superado los obstáculos opuestos por los siglos de guerra y de fe, no podrá superar estos pobres receptáculos hacinados allí por hombres sin conocimiento de su propio cometido, y que se mueven, como las ruedas de una máquina á impulsos del vapor, á impulsos del espíritu de un siglo revolucionario. Hecho esto, y detenida necesariamente allí la monarquía, dirígese á casa del alcalde, á casa del comandante de la milicia nacional, y se lo revela todo. Entretanto la real familia baja desesperada, sin haber dado con el lugar donde estaban los tiros de refresco; y dirigiéndose al postillón le piden, le ruegan, le instan para que los lleve adelante, aunque sea con los caballos cansados. El postillón se niega, y groseramente.

Lo que no pudieron los ruegos, lo pudieron las dádivas. El postillón fustigó á sus cabalgaduras, que cansadas ó no, echaron á andar hacia adelante. Pero en próximo pasadizo, entre dos puertas de un portalón, bajo bóveda oscura, las autoridades movidas por el antiguo húsar de Condé, y rodeadas de algunos milicianos, proyectan sobre los vidrios de la berlina varias linternas sordas y apuntan al pecho de los viajeros con varios montados mosquetes. Unos cogen por las bridas los caballos, otros abren con imperio las portezuelas, todos gritan: «¡alto!» y Drouet sólo pide á tales aparecidos la inmediata presentación de sus pasaportes. La monarquía quedó enterrada bajo aquella oscura bóveda de un pueblo insignificante y en aquella hora de una noche tranquila. Los hombres de pro en aquella villa se reúnen y examinan detenidamente los pasaportes. La Reina, impaciente por alcanzar el término de su viaje, les dice que no tienen tiempo para malgastarlo de esta suerte, y que se hallan todos los viajeros muy apremiados por negocios urgentes para llegar al término del viaje. Los villanos, como se diría en otro tiempo, observan que los rumores de guerra civil, de invasiones extranjeras, de maniobras reaccionarias obligan á las autoridades municipales con obligación inevitable á dormir en un pie. Los viajeros objetan que ellos, como gente extranjera, nada tienen que ver con la situación de Francia, ni nada que compartir con la responsabilidad de los acontecimientos. — «¿Quién sois vos-

CAPILLA ALFONCINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
D. A. N. M.

otros por fin? preguntan los consejeros municipales con verdadera impaciencia.—Somos, responde el aya de los niños, la familia de la baronesa de Korff.—«Veamos el pasaporte», contestan á una aquellos porfiados. Y en efecto, se van á leerlo. El buen alcalde observa que el pasaporte tiene validez indudable, porque lo autoriza la firma del Monarca, unida con la firma del ministro de Estado. Pero Drouet, decidido á no dejarse arrancar la presa, pregunta si lleva el pasaporte la firma de la Asamblea Nacional. El que lo lee declara que lo suscriben algunos diputados componentes de una comisión; y Drouet vuelve á preguntar si lleva el documento la firma respetabilísima del presidente; y como le dijieran que no, insiste mucho en la necesidad de retener aquella familia, para evitar la guerra civil, y pinta los horrores de la invasión extranjera, y demuestra que aquellos caminantes instalados en la carroza, seguidos y acompañados de palafreneros, con influencia bastante á conseguir que le custodien numerosos húsares, con poder omnímodo para suscitar el movimiento de tales ejércitos, llevan consigo, adonde quiera que vayan, los destinos de la nación, y es necesario seguirlos y celarlos con cuidado. A todas estas reflexiones ya no hay respuesta posible: los fugitivos bajan de la berlina y entran todos en casa de un tendero de especias y mercerías que es síndico del Ayuntamiento y decidido patriota. Y la familia real declara sus nombres y confiesa su fuga.

El cuadro es bien siniestro: la monarquía humillada con la última de las humillaciones; el pueblo levantado en uno de esos levantamientos unánimes, á los cuales no hay resistencia posible; vestido el Monarca en traje tal, que ora mueve á compasión, ora á risa, mezclándose el llanto de los leales con las carcajadas de los indiferentes, y produciendo la misma siniestra resonancia de horror; aquellas tiernas y delicadas princesas, nacidas bajo los áureos artesonados, acostumbradas á pisar flores y alfombras, de pie entre los cajones de melaza y de velas de sebo, rodeadas por milicianos que las ahuman con el vapor de sus pipas y las aterran con el sonido de sus armas; dentro las autoridades populares inciertas entre el respeto que les inspira la majestad del Rey, personificada en la real familia, y el terror que les inspira la majestad del pueblo personificada en la Asamblea, presente á todas partes por el concurso universal de los patriotas; fuera los grupos reunidos á toque del tambor y de la campana con los fusiles en las manos y las amenazas en los labios, prontos al combate, y confundidos con los pocos húsares que restan fieles y aparejados á la lucha, si ven la señal de luchar; por todas partes pasiones, cóleras, ideas que dan á las figuras colocadas en aquellos espacios los rojizos colores del incendio, é inspiran á cuantos las contemplan los sentimientos y las sacudidas del terror. La Reina se acordó en aquel trance de que era madre, y depuso con solicitud sus dos hijos en la modesta cama del especiero, á cuyos pies plañase y lloraba una mujer del pueblo, absorta su mente y su memoria en el paralelo natural entre la grandeza heredada de aquellos príncipes y su terrible humillación. El Rey se cuidó ante todo y sobre todo de que tenía hambre, y le

dieron dos rebanadas de pan y queso con una botella de vino borgoñés, qué devoró yapuró, relamiéndose, y asegurando como jamás gustara queso tan excelente, ni bebiera vino tan exquisito en su propia real mesa. La muchedumbre no sabía á qué atribuir aquella calma de Luis XVI, si á estupidez ó á indiferencia.

Mejor hiciera, y así acertara, de atribuírle justamente al resorte que más mueve y que más sostiene nuestra voluntad y nuestros nervios, á la esperanza. El Rey esperaba todavía que viniese por algún lado cualquiera de sus salvadores, ó bien el marqués de Bouillé, ó bien el duque de Coisseul, los únicos llamados á socorrerle en aquel trance. Iba el duque de Choisseul en su busca, pero sólo como hemos dicho, y oyendo á través de los campos el toque de rebato, á cuyos ecos avivábanse las cóleras populares y morían las esperanzas realistas. El marqués de Bouillé, que aguardaba entre Varennes y Montmedy, recibió la noticia de labios de su hijo con estupor: púsose al frente de sus húsares alemanes con resolución; marchó hacia la prisión del Rey con presteza; mas, obstruido el puente de la villa y dificultos los nados de aquel río, ni nadando pudo pasar, y se vió obligado á irse en pos de otras aventuras y á buscar guerras á su natural batallador, y muerte á su sed de martirio en otros continentes. Los pocos húsares, que andaban desperdigados por las calles, podían aún, con la natural superioridad del soldado de línea sobre el miliciano del pueblo, intentar algo: uno de los jefes que formaban la comitiva regia, les gritó: «¡Viva el Rey!» y contestaron ellos: «¡viva la nación!» Todo estaba perdido. Un arranque del monarca, alguna de esas palabras elocuentes que parten del corazón y van á los corazones derechas; algunos de esos gestos que imponen una voluntad á otra voluntad, y alguno de esos ademanes que significan imperio; echarse sobre un caballo indómito y desenvainar una espada fulminante; querer y mandar, quizás contuviese á los irreverentes, confortase á los tímidos y lo decidiese todo; pero aquel hijo de cien reyes, envuelto en el traje de los ayudas de cámara, comido y bebido en trance tan fatal, más inclinado á dormir que á pelear, torpe en sus ademanes, vulgarísimo en su gesto, incierto en sus resoluciones, frío en su rostro, más bien suplicante que imperioso, cayó desde un trono, desde el sitio para que no había nacido, sobre el sitio á que le destinara la naturaleza, sobre un mostrador de ultramarinos. Y en Varennes espiró la Monarquía francesa.

No espiró sino después de haber suplicado mucho. El Monarca, sin comprender que tras sus abdicaciones ya nada tenía que reclamar de nadie; nada que imponer á nadie, nada que pedir en la tierra huérfana de su autoridad, se dirigió al síndico, y le instó para que lo dejase partir, en la seguridad de que no iba al extranjero, sino á una plaza fuerte de su propio reino; y no atentaba á la Asamblea, sino que la redimía del cautiverio de las muchedumbres ebrias, al cual estaba como el Rey mismo sometido en el abrasado París. El pobre síndico se enternecía, casi lloraba, moviase á compasión; quizás hubiera cedido, quizás rogado él mismo al Monarca que se marchase libremente, pero el terror á la Asam-

blea y á los clubs, á esos Reyes de tantos brazos y tantas cabezas, paralizaba todos los impulsos generosos de su buen natural, y le detenía en toda resolución heroica. Apelóse á la última esperanza; á la Reina. Ésta comprendió que necesitaba ahondar en los abismos de la naturaleza humana para extraer la salvación de todos. Así, no se acordó de su majestad histórica, de su sagrado carácter real, de sus prerrogativas y primacías, sino de que era madre, y madre infortunada, y tenía, por lo mismo, que tocar y conmover el corazón de una madre. La esposa del síndico tenía hijos, y al tener hijos, tenía los argumentos más decisivos en favor de las súplicas de María Antonieta. Esta volvióse á la humilde tendera, y brevemente, con la elocuencia propia del sentimiento, la conjuró á que oyese sus súplicas y salvase sus hijos. La mujer, avisada por ese instinto de conservación que hace á los seres amenazados de algún gran peligro tan empedernidos y tan egoistas, le contestó estas duras y acerbas palabras: «Señora, os acordáis de vuestro marido y de vuestros hijos, y yo, á mi vez, me acuerdo de mi marido y de mis hijos.» La Reina lanzó un gemido de desesperación que parecía el estertor último de su alma espirante, y se entró en el cuarto donde rebotaban sus hijos, á cuyos piés, la mujer del pueblo antes mencionada, la suegra de la tendera, seguía llorando á todo llorar las trágicas desgracias de los Reyes. Y, en efecto; como si el huracán se hubiera desencadenado sobre aquellos campos; como si el mar se hubiera salido de su centro para volcarse y extenderse sobre la tierra; como si el suelo entero se desgajara y el firmamento se viniese abajo; oíanse campanas al vuelo que tenían á rebato, tambores y redobles que tocaban á generala, gargantas roncas que despedían siniestros gritos, vibrar de armas, que resonaba con horrible resonancia, pisadas de gentes que venían en són de amenaza, el resuello de todas las pasiones, el lejano trueno anunciando la próxima tempestad, el estallido de la guesra. Al pronto, sólo había los milicianos de Varennes; después, ya había ochenta mil; después, sesenta mil, hasta desbordarse aquellas muchedumbres en armas, y llenar, como inundación tormentosa, todas las cercanías de la humilde prisión, donde agonizaba el poder absoluto é histórico de los antiguos Reyes. Y mientras esto sucedía, una comisión de la Asamblea se acercaba, y poniendo mano sobre la familia real, llevábasela á París; es decir, al destronamiento y al cadalso.



## CAPÍTULO TRIGÉSIMO-SÉPTIMO

Los estados europeos en comienzos del siglo décimo-nono



MUCHO han hablado los historiadores vulgares de los crímenes de la revolución. Muchas imputaciones le han dirigido por aquel hervor de sangre que la impele á erigir el patíbulo en altar. Nadie como nosotros ha lamentado los excesos de la revolución, porque nadie como nosotros ha sufrido sus terribles consecuencias. Si el movimiento democrático se ha paralizado en Europa tanto tiempo; si las varias reacciones han tenido tal número de sectarios; si la República escandaliza hoy aún á tantas generaciones, débese á esa época siniestra de terror, cuyo recuerdo pesa sobre todos nosotros con grave y abrumadora pesadumbre. Indudablemente, aquellos terroristas, que destruyeron los altos y cimas de la revolución, segando todas las cabezas donde se condensaban los grandes pensamientos, aquellos terroristas allanaron sus vías triunfales á la invasión del despotismo. Como, según el dogma católico, la falta de Adán recae sobre la humanidad, el pecado de los demócratas franceses recae hoy aún sobre toda la democracia. Nadie, por consiguiente, tan rígido é inflexible como nosotros para condenarlo y maldecirlo. Mas, no debe olvidarse que todas las obras humanas de carácter social han nacido manchadas de sangre. No, no es la obra social esa obra artística que surge pura y luminosa de la imaculada inspiración, toda espiritual, cuyos estímulos agitan el alma de los grandes poetas de la vida y rodean de gloria inmortal sus creaciones. Las obras sociales nacen mezcladas con muchos intereses, combaten leyes é instituciones arraigadas, suscitan guerras crueles, engen-

CAPILLA ALFONSO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. M.